

Un mar de esperanza. Soluciones ciudadanas para un planeta sostenible

Fredyd Torres Oregón

Centro de Estudios e Investigación en Desarrollo Sustentable
Universidad Autónoma del Estado de México, México
zancamax@yahoo.com.mx

Andrea Sáenz-Arroyo, *Un mar de esperanza. Soluciones ciudadanas para un planeta sostenible*, Taurus, 2022

Cuando uno comienza a leer las primeras páginas de la obra de Sáenz- Arroyo casi de inmediato evocamos la mar, pero no para pensar en sueños vacacionales o algo por el estilo sino más bien para ir comprendiendo que nuestra humanidad ha estado y sigue vinculada a la naturaleza; y esto ha sido así porque diversas culturas de nuestro planeta han visto en ella el origen de las cosas, de los animales, de las plantas, del agua, del fuego, del aire, dicho de otra forma: el origen de la vida misma. No por ello las culturas americanas precolombinas asignaron diversos dioses para cada manifestación de la naturaleza, incluso fueron más allá en sus horizontes explicativos: la tierra como parte de millones de partículas del cosmos. De alguna forma, no lo dice la autora explícitamente en su obra, pero se infiere que las distintas experiencias recogidas en diversas partes del mundo acerca de los vínculos existentes entre comunidades de pescadores, trabajadores, sociedad civil y pequeños empresarios con la mar refuta el pensamiento cartesiano: *cogito ergo sum* (pienso luego existo) por existo y luego pienso. Y esto sería así porque los vínculos que han tejido a lo largo del tiempo hombres, mujeres, niños y ancianos con la mar, estos les han dotado de la sabiduría para comprender las conexiones y fragilidades entre el ser humano y la naturaleza.



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

Pero el punto más importante que desea destacar la autora no radica, por ejemplo, en cómo se han beneficiado cooperativas pesqueras de abulón y langosta de la Isla Natividad de Baja California Sur, México -primera experiencia de la obra- sino más bien mostrar la conexión y empatía ecológica-ambiental entre los pescadores y su entorno marino. Se trata de cómo los de afuera, el mundo restante, debemos aprender de la sabiduría de estos pescadores, tejida en cientos o quizá miles de años para armonizar con cada elemento de la flora y fauna marina. Y no solo ello, las experiencias de vida de los pescadores de la Isla Natividad con su entorno, en ese pequeño islote muestra hasta que punto puede ser vulnerable la tierra con nuestras acciones; lo que a muchos puede parecer demasiado simple, comenta la autora, la vida pesquera resulta de un grado de complejidad mucho mayor al tomar en cuenta factores económicos y ambientales globales. Allí está la pauta, señala Sáenz-Arroyo, para entender la co-dependencia que mantenemos hombre-naturaleza.

A miles de kilómetros de Isla Natividad se encuentra Islandia- segunda experiencia de la obra- este pequeño país ubicado en el Atlántico Norte de Europa, la cual durante la crisis global financiera de 2008 dio una lección al mundo contemporáneo: en vez de salvar a la banca rapaz de su país -como lo hicieron muchos gobiernos de Europa y de otros continentes- encarceló a los usureros bancarios y nacionalizó su banca de nuevo en beneficio de la población. Pero no es de la banca y esa crisis financiera de lo que quiere hablar la autora con el ejemplo de Islandia sino mostrar como en esta isla-país sí funciona la cooperación entre ciudadanos, el planeta y las utilidades. Teniendo Islandia su principal riqueza en la pesca del bacalao y otras especies, argumenta Sáenz-Arroyo, esta ha dado la razón a Elinor Ostrom (*el gobierno de los comunes*) frente a los augurios de Garret Hardin (*la tragedia de los comunes*) respecto a la viabilidad de armonizar los intereses entre cooperación y competencia dentro de la acción colectiva. Dicho de otro modo: Islandia fue capaz de crear y armonizar reglas justas para la pesca que permitieran por un lado: equilibrar la producción sin peligro de extinción, el productor obtiene utilidades, y por el otro, el gobierno monitorea junto con cada productor la cantidad recolectada. De esta forma este país muestra al mundo que sí es posible cooperación

y competencia, sin perder de vista la fuente de su bienestar social: la sustentabilidad de sus mares.

Las conexiones químicas y físicas del mundo acuático marino que la autora describe – tercera experiencia de la obra- a partir de las vivencias de pescadoras y pescadores de las costas de Galicia, España, los cuales viven de la recolección de mariscos y toda clase de moluscos, nos permite como lectores de esta obra sorprendernos de como ciertos sectores de la población humana han entendido la importancia que guarda cada elemento integrante de sus costas marinas. En otras palabras: lo puesto y dispuesto tanto en el interior como en el exterior de la mar cumple una función bioquímica que permite la vida misma en el planeta. Esto es: las fuerzas irruptivas de la naturaleza liberan energías provocadoras de caos y reacomodos que la misma se encarga de equilibrar para dar paso a un nuevo orden, un proceso evolutivo que data de miles de millones de años y es fuente de vida en todas sus formas. Y estas formas de vida precisamente muchas de ellas se encuentran en los lechos marinos (mariscos, moluscos, plantas, corales y otras especies) que juegan un papel fundamental dentro del sistema. Esto lo comprendieron desde hace poco más de 300 años los ancestros de tres mil mujeres y 900 hombres que viven de la recolección de mariscos en las costas de Galicia.

Previo a explicar cómo es que los daneses pudieron generar su propia energía eléctrica desde sus casas, en sus terrenos – cuarta experiencia de la obra- un hecho que va contra toda lógica del sistema global capitalista, la autora, dentro de este apartado pone a disposición de sus lectores información valiosa sobre los males de la globalización contra la naturaleza. La crítica en estas líneas se centra en cuestionar hasta cuándo se seguirá privilegiando el interés de la economía por encima de la vida y salud del planeta. Para ello pregunta: ¿cuánto cuesta, por ejemplo, recuperar en términos de lo que nos brinda un bosque, un río, un manglar arrasado y exterminado para producir monocultivos que alimentan distintos tipos de ganado, y de este carne para el consumo humano? ¿Cuánto costaría construir por el ser humano una infraestructura artificial que supla la destrucción de un manantial, de un río, de un bosque los cuales proveían vida de forma gratuita? No existen cálculos para dimensionar lo que se pierde por más que se empeñe, por ejemplo, la economía

ecológica, en asignarle costes a la naturaleza. En la jerga economicista le llaman externalidades negativas. No es así, señala la autora, las funciones bioquímicas que tiene cada elemento de la naturaleza, como ya se explicó líneas atrás con el ejemplo de las pescadoras de Galicia, son procesos que datan de miles de millones de años, y los cuales permiten precisamente que los seres humanos tengamos un planeta habitable.

Por ello, la experiencia de los daneses resulta más que alentadora en la búsqueda por revertir determinismos dictados por la economía y la lógica especulativa de las grandes corporaciones transnacionales empeñadas en el consumo de energías fósiles. Un caso similar al danés en términos de conciencia ambiental lo representa el caso de los habitantes de la Bahía de Monterrey, California (EU) – quinta experiencia de la obra-. El derrame irresponsable de petróleo por parte de una compañía privada a finales de los años sesenta en las costas de Santa Bárbara, el cual ocasionó un ecocidio de fauna marina detonó un movimiento social comunitario sin precedentes en California durante esos años. Fueron arduas luchas entre avances y retrocesos, argumenta la autora, de la sociedad civil de este Estado por proteger más de 1100 millas de sus costas mediante una iniciativa ciudadana llamada *Propuesta 20*. Su bandera de lucha fue simple: el mar, las playas, las costas, son bienes públicos, pertenecen a todos los que quieran disfrutar de forma sustentable lo que la naturaleza ha brindado. La *Propuesta 20* prohibió el acaparamiento del litoral costero por parte de empresas inmobiliarias y grandes cadenas hoteleras. Por ello, a más de cincuenta años de dicha iniciativa los habitantes y turistas en estas costas de California conservan y disfrutan sus playas tal como les fue dado por la naturaleza. Caso contrario, por ejemplo, de lo que ha sucedido con muchas playas y zonas costeras de México, denuncia la autora, privatizadas y transformadas por el poder económico.

La sexta y última experiencia que analiza la autora refiere a una experiencia singular de los habitantes de la isla Fiyi en el Pacífico Sur ¿Cuál es la singularidad que refiere Sáenz-Arroyo? Que a pesar del pasado colonial de esta isla en manos de la corona británica a finales del siglo XIX sus habitantes aún conservan sus tierras, no fueron despojados de ellas. Dicho aspecto que no es menor a la luz de lo que ha

sucedido en otras latitudes del planeta, señala la autora, de Nuevo México como ejemplo. Pues bien, en la isla Fiyi el turismo es uno de sus principales motores económicos, sin embargo, la instalación de empresas turísticas extranjeras no puede comprar tierras sino únicamente arrendarlas, pagar una renta anual como lo establecen sus leyes, y además dicha empresa está obligada a contratar exclusivamente personas de la comunidad. En ese sentido no es nada raro encontrar habitantes de la isla trabajando en los hoteles en todos los puestos o niveles: desde el más modesto hasta gerenciales.

Y aún hay más de los indígenas de Fiyi, sorprendida la autora por el grado de conciencia que poseen estas personas acerca de categorías como el bienestar social. Señala que gran parte de la población de esta isla están conscientes de su conexión con el universo, con cada elemento de la naturaleza, definido en una palabra: *vanua*, que sintetiza una extensión del yo conectado además de los elementos físicos-naturales también sus relaciones con la comunidad y la dimensión espiritual.

Lo expuesto en forma sucinta la obra de Sáenz-Arroyo: *un mar de esperanza*, es una bocanada refrescante, optimista sobre la discusión actual del problema del consumo energético proveniente de energías fósiles, los alarmantes niveles de contaminación y destrucción ambiental, la carrera imparable del consumismo material y los conflictos étnicos raciales por todo el mundo. Su obra ofrece nuevos ángulos o perspectiva de discusión y análisis sobre qué están tejiendo otros grupos humanos que viven con y de la mar.

La presente obra representa un aliciente moral y espiritual para todas aquellas personas que aún creen que sí es posible tejer otros mundos, otras narrativas, otras historias, como ya nos han mostrado con su ejemplo, en el caso de América, las reivindicaciones sociales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, México, los pueblos andinos de Bolivia, Ecuador y los indígenas y afroamericanos de la costa atlántica de Colombia. La obra deja entrever que las experiencias recogidas por su autora en distintas latitudes del mundo son heterogéneas, se apartan del pensamiento occidental que considera a la naturaleza simplemente como un objeto sujeto de explotación y no como fuente dador de vida.